

Rienda, José (2018). *Antología de la derrota*, Granada: Alhulia, Publicaciones de la Academia de las Buenas Letras de Granada, col. Mirto Academia, 118 pp.

A partir de una serie de constantes temáticas, José Rienda (Granada, 1969) ha vuelto a construir un libro con poemas de otros libros suyos, a modo de decantación y renovación de su propia obra. Autor de los poemarios *De otro romanticismo* (1991), *En las hondas lejanías...* (1991), luego vuelto a publicar y aumentado bajo el título *Margen y deriva* (2004), *Inventario de octubre* (1995), y *El porvenir es tarde* (2001), los poemas de esta *Antología de la derrota*, varias décadas después, se presentan actuales y actualizados, redireccionados como libro compacto a partir de varios ejes temáticos que dan sentido unitario, presentándonos lo mejor de un poeta – y de una obra – a tener en cuenta sin duda en los repertorios de poesía española contemporánea.

Hace falta leer a José Rienda y reto a los que aquí han llegado a que se acerquen a este libro. En él descubrirán no pocos logros, y una voz sostenida a la luz de la poética pasoliniana, como advocación primera, que como sabemos se tradujo en España en lo que se acuñó como *otra sentimentalidad*, y que en los primeros libros de Luis García Montero y los últimos de Javier Egea, junto al Álvaro Salvador de los ochenta –entre otros– tuvo sus más brillantes y preclaros exponentes, en un tiempo en el que se creía aún –necesaria y casi religiosamente– en la utopía, y en la transformación revolucionaria de la sociedad. Desde esta óptica estricta, el sentido de derrota ideológica adquiere todo su valor sociohistórico, según el concepto de sentimentalidad machadiana, las nociones de cultura gramscianas, y los preceptos del marxismo althusseriano, que rompió con el humanismo, y que tanto arraigo tuvieron en Granada –en esa corriente poética en particular– bajo el magisterio de Juan Carlos Rodríguez. Esta *Antología de la derrota* pertenece por derecho propio a esta corriente, y se trata de un autor que vio desde su adolescencia florecer a sus hermanos mayores, para luego en su juventud él mismo ofrecer sus mejores frutos.

La pulcritud formal de los poemas de José Rienda nos lleva inexorablemente a preguntarnos por la lógica formal, el determinismo de unas ideas políticas que entonaron en los años noventa – y quizá ya para siempre – su canto de cisne. Esa lógica acabó desgastando hasta el propio lenguaje, pues se traducía en una creencia exacta –con poco margen– de la noción de progreso. Frente a eso chocaron frontalmente al descubrir que los márgenes eran mucho más inexactos, confirmando el fracaso total de sus propuestas, la certeza de que ninguna lógica formal es posible, y que no hay linealidad alguna hacia ningún paraíso, descartando el progreso moral. De ahí la eminente presencia de la historia en estos poemas: «cuando incendie la copa la vieja soledad, / el dolor que desvive en la impaciencia / de sabernos al borde del suicidio / y la tarde templada / herida en lentitud hacia la historia.» (p. 27). La historia aparece como un personaje protagonista –para bien y para mal– en no pocos poemas: «Ya casi por costumbre / heredamos maltrechas las palabras, / los huecos de los libros que buscamos / y quizá la derrota nunca escrita / encerrada en los ecos de la historia.»

(p. 41). Heridas (p. 86) y cicatrices (p. 78) poblarán esa historia, junto a otros muchos ejemplos que podríamos citar.

Si nos damos cuenta, los libros recogidos en esta antología abarcan el final del comunismo, desde la caída de la URSS hasta la desilusión de los últimos sueños colectivos, la desestructuración de la izquierda o la pérdida de lenguaje, y en esa atmósfera sociopolítica de descontento habría que contextualizar estos poemas, esa derrota, si queremos extraer de ellos el jugo que rezuman. No en vano se trata de una poética discursiva que va mucho más allá, porque hace de la vida poesía, y nos encamina hacia una mirada que, incluso en la derrota, apuesta por la esperanza. El realismo es solo una herramienta — de entre las usadas con sutil dominio — en beneficio de la discursividad, que enmarca los textos en una corriente ideológica que supera la referencialidad. He ahí una de las bazas más atractivas de esta obra.

Quizá no queden ilusiones colectivas, pero siempre nos quedará la dignidad individual como elemento insobornable, y he ahí el as en la manga que siempre jugaremos: «entonces / sabríamos lograda la batalla / de la traición de un poema / sobre la mesa sucia / de nuestra dignidad.» (p. 36). Y el amor como ejemplo supremo. Desde esta perspectiva, vivir al límite se propondrá como una premisa que la vida exige — vivir la vida —, ya que nos encontramos en el filo de la navaja y, aunque no lo creamos, en cualquier momento podemos desaparecer. Así hay que entender «[...] la paz del fracaso / por si acaso te llaman y te dicen que he muerto.» (p. 55), advierte el poeta a su amada, invitándola a no dormirse en los laureles, ya que como vemos el mundo es hostil y no quedan vínculos sociales que nos unan, más allá del amor, y a veces es un amor maltrecho, triste superviviente de una guerra, de una batalla cruel: «Porque las guerras / que poblaron de huesos los paisajes, / quisieron nuestro día enrarecido / en sus jardines y sus fechas quietas, / dejaron / que amanezca el placer si a cada instante / irrumpen necesarios los abismos, / los ecos imposibles de murallas absurdas / y su ciudad de tiempo / que se cierra en la parte que no vemos, / que ya nunca veremos, / de la historia.» (p. 116). Se trata de un «antiguo dolor de las banderas» (p. 102). Como contrapunto, quizás uno de los poemas más conseguidos y positivos del libro sea «Pero el amor nos queda» (p. 78). Cualquier proceso — tanto amoroso individual como histórico colectivo — se presenta extremadamente complejo, y la luz del amanecer que nos espera, aunque traiga un nuevo día con su esperanza aparejada, no deja de ser «tal vez / otra mañana fría.» (p. 117). Por eso la discursividad de estos poemas no puede ser más adecuada y expresiva.

Partiendo de la idea heideggeriana — en la *Carta sobre el Humanismo* del filósofo alemán — del ser-en-sí, y del poeta como pastor del ser, a través de su cuidado del lenguaje (aquel que es capaz de perder un día de fiesta en busca de una oveja descarriada, es decir aquel que busca una palabra, un adjetivo, un poema...), la antología se estructura en las partes «Ser y derrota», «Amor y derrota», y «Canción y derrota». Cada una de sus partes se subdivide a su vez en otras, a modo de cancionero, y el planteamiento lúdico — repeticiones o intertextos que darán agilidad a la lectura — y de construcción poética se hallará muy presente, aportando una llamada o reconocimiento con lector: «Tú ya sabes la historia y siempre el tiempo / vendrá con el trasluz de aquel paisaje /

que inventamos detrás de la ciudad / cuando dije que amaba tus canciones / como un intento más para salvarte, / extraña mía, juventud pequeña / del libro más absurdo que escribimos.» (p. 35). Las interpelaciones y recuerdos sobre la ficcionalidad de la poesía, nos pellizcarán para hablarnos de la cuidada elaboración a la que estarán sometidas las composiciones del libro. La ciudad, lejos de ser un espacio amable, se muestra como un lugar hostil: «Pero entonces subimos a lo lejos / y el bosque estaba allí, / también allí tu casa / y esas horas que hallamos en las calles / de la ciudad que siempre nos negaron.» (p. 41).

Rica surge la simbología de este libro, y el mar o el bosque merecerían un análisis más profundo, aparte, que arrojaría luz y nos explicaría el entramado temático de la discursividad de esta poesía. La derrota, sin embargo, se erige en el centro como bien reza en el título, y la hemos explicado más arriba desde las coordenadas ideológicas desde las que se segrega. Pero merecería la pena acercarnos a este concepto también a través de la conciencia de fracaso de la escritura, del no-ser, y las puñaladas de la vida, esos reveses que nos da, y las propias renunciadas que en muchos casos pueden venir motivadas por la mezquindad humana, la propia miseria individual, esto es la traición. Muy presente, la traición vertebrada gran parte de este poemario, desde el primer poema al último: «después de la mañana / que agoniza / cuando desierta alguno de los nuestros / con un salto fatal hacia la cumbre; / después, al fin y al cabo, / de mi traición,» (pp. 25-26); o «Y perdona el abismo en que te envuelvo / cuando expongo al temblor de tu mirada / unos versos que dudan la traición / de comprenderse versos en la muerte» (p. 28), entre otros. Lo que nos pondría delante de la propia conciencia —en este caso mala conciencia— del autor que es creador, y que conecta con la conciencia poética como espacio de reflexión, la ficcionalidad antes citada, o laboratorio de ideas, que aparece frecuentemente: «yo me nombro culpable / por el libro que juntos / inventamos huyendo / hacia el mar que nacía, tu ciudad para siempre, nuestro hogar extranjero.» (pp. 109-110). Son múltiples las referencias a la página, al libro o a los versos, e invitamos al lector a descubrir estos rastros tan significativos.

Todo ello y mucho más que dejamos para otra ocasión, podremos descubrirlo en esta sumamente recomendable *Antología de la derrota*, un libro que debería leerse sin falta para resituar a su autor. José Rienda posee una voz que demuestra que la poesía se habita al margen de las escuelas y las modas, cuando escribe desde la honestidad.

Juan Carlos Abril